



## La democracia vírica

### Viral Democracy

El riesgo de los virus cancela las fronteras. La vulnerabilidad de un planeta hiperconectado se pone de manifiesto tanto con los virus informáticos como con los virus biológicos. En ambos casos, los límites físicos o políticos de territorios y sociedades se muestran incapaces de contener la infección, haciéndonos conscientes de nuestro destino compartido, y ojalá disminuyendo la morbilidad de otro virus distinto, en este caso de naturaleza social, el nacionalismo contagioso que hoy hace enfermar a un país tras otro. Coincidiendo con las etapas finales de un Brexit que debilita por igual a los británicos y al resto de los europeos —afectados también por el auge de diversos populismos identitarios—, y mientras una ciberesfera tóxica pone en peligro los fundamentos de la democracia representativa, la eclosión del coronavirus de Wuhan nos coloca frente al espejo de nuestra fragilidad como especie, la inseguridad que se hermana con el miedo, y la gobernanza global como única herramienta de defensa.

La escala de la respuesta del gobierno chino a la amenaza de epidemia, con el aislamiento de decenas de millones de personas, y la construcción vertiginosa de hospitales prefabricados para los enfermos —que ha dado lugar a imágenes como la del enjambre de máquinas trabajando insomnes en el emplazamiento, más cerca de la agitación azarosa de organismos que de un ballet mecánico—, se revela insuficiente tan pronto como el virus desborda las fronteras. La OMS ha declarado la situación de emergencia por quinta vez en su historia, y mientras los epidemiólogos buscan al paciente cero y determinan el perímetro de las cuarentenas, laboratorios de todo el mundo se afanan en desarrollar una vacuna. Tanto los desplazamientos caudalosos del turismo o los negocios como las concentraciones masivas del deporte o los congresos ofrecen el mejor entorno para la difusión de ideas o experiencias, pero también para la circulación de los agentes patógenos, y sólo la disciplina social puede suministrar cortafuegos.

Se repite estos días el lema biempensante de que el virus se detiene con transparencia, porque sólo la información exacta permite abordar su control sin caer en el pánico; pero no se destacan las ventajas que en este esfuerzo pueden ofrecer las organizaciones autoritarias, capaces de movilizar recursos sin debate social y liturgia política, porque su maquinaria administrativa puede responder sin demora a una jerarquía piramidal. Las democracias, en contraste, están sometidas a un régimen de opinión que puede ser distorsionado por las pulsiones sentimentales de unas poblaciones hedonistas, donde la extrema autonomía de las que Houellebecq llamó ‘partículas elementales’ dificulta su subordinación a objetivos compartidos. Sloterdijk reclamó en su día la necesidad de volver a domesticar una especie humana devenida silvestre, pero acaso su provocación era sólo una manera de expresar el conflicto entre el deseo de libertad y las servidumbres que exige la supervivencia de los que formamos la ‘sociedad del riesgo’.

Luis Fernández-Galiano



*The virus threat cancels frontiers. The vulnerability of our hyperconnected planet becomes exposed with computer and biological viruses alike. In both cases, the physical or political boundaries of territories and societies seem incapable of containing infection, making us aware of our shared fate, and perhaps also reducing the morbidity of a different virus, in this case social in nature: contagious nationalisms spreading from one country to the next. Coinciding with the final stages of a Brexit that weakens Great Britain as much as the rest of Europe – shaken also by the rise of different identitarian populisms –, and while a toxic cybersphere endangers the foundations of representative democracy, the eclosion of the Wuhan coronavirus places us before the mirror of our fragility as species, linking insecurity with fear, and in the end showing global governance as the only true defense.*

*The dimension of the Chinese government's response to the epidemic, with the lockdown of millions and the speedy building of prefabricated hospitals for patients – leaving images like the swarm of diggers working around the clock on site, recalling the random agitation of organisms rather than a mechanical ballet – proves insufficient as soon as the virus escapes frontiers. The WHO has declared a global health emergency for the fifth time in its history, and while epidemiologists look for patient zero and determine the perimeter of quarantines, laboratories across the world rush to develop a vaccine. The massive flows of tourism or business and the crowds gathering at sport events or congresses create the best environment for sharing ideas or experiences, but also for the free circulation of pathogens, and only strict social discipline can supply firewalls.*

*Viruses are fought with transparency, goes the wishful motto often heard these days, because only accurate information can help control disease and avoid panic; but nothing is said about the advantages of authoritarian organizations, capable of mobilizing resources without social and political debate, because the administrative machinery can react timely to a pyramidal hierarchy. Democracies, in contrast, depend on public opinion, which can be distorted by the sentimental drive of hedonistic societies, where the extreme autonomy of what Houellebecq called ‘elementary particles’ makes it difficult to subordinate them to shared objectives. Sloterdijk called for the need to redomesticate a human species gone wild, but perhaps this defiant proposal was only a way of expressing the conflict between freedom and the bondages required for the survival of those of us who form the ‘society of risk.’*